



Palabra Dominical

X Domingo del tiempo ordinario

Antífona de entrada

Cfr. Sal 26, 1-2

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? Cuando me asaltan mis enemigos, tropiezan y caen.

Se dice Gloria.

Oración Colecta

Señor, Dios, de quien todo bien procede, escucha nuestras súplicas y concédenos que, comprendiendo, por inspiración tuya, lo que es recto, eso mismo, bajo tu guía, lo hagamos realidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

El Señor puso enemistad entre la serpiente y la mujer.

Del libro del Génesis: 3, 9-15



Después de que el hombre y la mujer comieron del fruto del árbol prohibido, el Señor Dios llamó al hombre y le preguntó: "¿Dónde estás?". Éste le respondió: "Oí tus pasos en el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo, y me escondí". Entonces le dijo Dios: "¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?".

Respondió Adán: "La mujer que me diste por compañera me ofreció del fruto del árbol y comí". El Señor Dios dijo a la mujer: "¿Por qué has hecho esto?". Repuso la mujer: "La serpiente me

engañó y comí".

Entonces dijo el Señor Dios a la serpiente: "Porque has hecho esto, serás maldita entre todos los animales y entre todas las bestias salvajes. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y su descendencia te aplastará la cabeza, mientras tú tratarás de morder su talón". **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial

Del Salmo 129

R. Perdónanos, Señor, y viviremos.

Desde el abismo de mis pecados clamo a ti; Señor, escucha mi clamor; que estén atentos tus oídos a mi voz suplicante. **R.**

Si conservaras el recuerdo de las culpas, ¿quién habría, Señor, que se salvara? Pero de ti procede el perdón, por eso con amor te veneramos. **R.**

Confío en el Señor, mi alma espera y confía en su palabra; mi alma aguarda al Señor, mucho más que a la aurora el centinela. **R.**

Como aguarda a la aurora el centinela, aguarda Israel al Señor, porque del Señor viene la misericordia y la abundancia de la redención, y él redimirá a su pueblo de todas sus iniquidades. **R.**

Creemos y por eso hablamos.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los corintios: 4,13-5,1

Hermanos: Como poseemos el mismo espíritu de fe que se expresa en aquel texto de la Escritura: Creo, por eso hablo, también nosotros creemos y por eso hablamos, sabiendo que aquel que resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos colocará a su lado con ustedes.

Y todo esto es para bien de ustedes, de manera que, al extenderse la gracia a más y más personas, se multiplique la acción de gracias para gloria de Dios.

Por esta razón no nos acobardamos; pues aunque nuestro cuerpo se va desgastando, nuestro espíritu se renueva de día en día. Nuestros sufrimientos momentáneos y ligeros nos producen una riqueza eterna, una gloria que los sobrepasa con exceso.



Nosotros no ponemos la mira en lo que se ve, sino en lo que no se ve, porque lo que se ve es transitorio y lo que no se ve es eterno. Sabemos que, aunque se desmorone esta morada terrena, que nos sirve de habitación, Dios nos tiene preparada en el cielo una morada eterna, no construida por manos humanas. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Aclamación antes del Evangelio

Jn 12, 31-32

R. Aleluya, aleluya.

Ya va a ser arrojado el príncipe de este mundo. Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí, dice el Señor. R.

Satanás ha llegado a su fin.

Del santo Evangelio según san Marcos: 3, 20-35



En aquel tiempo, Jesús entró en una casa con sus discípulos y acudió tanta gente, que no los dejaban ni comer. Al enterarse sus parientes, fueron a buscarlo, pues decían que se había vuelto loco.

Los escribas que habían venido de Jerusalén, decían acerca de Jesús: "Este hombre está poseído por Satanás, príncipe de los demonios, y por eso los echa fuera".

Jesús llamó entonces a los escribas y les dijo en parábolas: "¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Porque si un reino está dividido en bandos opuestos, no puede subsistir. Una familia dividida tampoco puede subsistir. De la misma manera, si Satanás se rebela contra sí mismo y se divide, no podrá subsistir, pues ha llegado su fin. Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y llevarse sus cosas, si primero no lo ata. Sólo así podrá saquear la casa.

Yo les aseguro que a los hombres se les perdonarán todos sus pecados y todas sus blasfemias. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo nunca tendrá perdón; será reo de un pecado eterno". Jesús dijo esto, porque lo acusaban de estar poseído por un espíritu inmundo.

Llegaron entonces su madre y sus parientes; se quedaron fuera y lo mandaron llamar. En torno a él estaba sentada una multitud, cuando le dijeron: "Ahí fuera están tu madre y tus hermanos, que te buscan".

Él les respondió: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?". Luego, mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: "Éstos son mi madre y mis hermanos. Porque el que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Dirijamos, hermanos, nuestra oración a Dios Padre misericordioso, con aquella confianza filial que el Espíritu de Cristo ha infundido en nuestros corazones:

Después de cada petición diremos: **Padre, escúchanos.**

- ✓ Por el santo Padre, el Papa Francisco, para que Dios, que lo eligió como obispo de toda la Iglesia, le conceda una vida larga y feliz y lo asista en la misión de gobernar el pueblo santo de Dios, **Oremos.**
- ✓ Por nuestra patria y por sus gobernantes, por todas las naciones y sus responsables, para Que Dios les inspire pensamientos y decisiones encaminados a una paz verdadera, **Oremos.**
- ✓ Por los mexicanos que sirven a nuestra patria en la Marina, para que Jesús sea su modelo de servicio dedicado, atento y respetuoso. **Oremos.**
- ✓ Por los que están en camino de conversión, por los que se preparan a recibir el propio bautismo o a celebrar el de sus hijos, para que Dios, nuestro Señor, les abra en sus sacramentos las puertas de su misericordia e introduzca a los nuevos hijos de la Iglesia en la vida nueva de Cristo Jesús, **Oremos.**
- ✓ Por los jóvenes que se preparan para el Matrimonio con el apoyo de una comunidad cristiana, para que Dios les conceda crecer en el amor, con generosidad, fidelidad y paciencia. **Oremos**
- ✓ Por nuestros familiares y amigos enfermos, para que Dios, nuestro Señor, escuche sus súplicas, realice sus deseos y haga que, en su tribulación, experimenten el gozo de la misericordia divina. **Oremos**

Padre santo, escucha nuestras oraciones y fortalécenos, para que en la lucha cotidiana contra el Maligno participemos de la victoria pascual de Cristo. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Oración sobre las Ofrendas

Mira, Señor, con bondad nuestro servicio para que esta ofrenda se convierta para ti en don aceptable y para nosotros, en aumento de nuestra caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión

Sal 17, 3

Señor, tú eres mi fortaleza, mi refugio, mi liberación y mi ayuda. Tú eres mi Dios.

Oración después de la Comunión.

Señor, que la virtud medicinal de este sacramento nos cure por tu bondad de nuestras maldades y nos haga avanzar por el camino recto. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexión

“Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno” (Gn 1,31). Pero la serpiente (“el más astuto de todos los animales”) sedujo al hombre y a la mujer: no moriréis, “seréis como Dios”. Eva, desobedeciendo a Dios, comió el fruto prohibido; lo ofreció a su marido, el cual comió (Gn 3, 1-7). Entonces Dios los llama: “¿Qué es lo que has hecho?”, pregunta a Eva. “la serpiente me engañó y comí”, contestó. El Señor Dios dijo a la serpiente: serás maldita, te arrastrarás, comerás polvo; “establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza, cuando tú la hieras en el talón” (primera lectura). Estos primeros textos “tal como se leen en la Iglesia y se interpretan a la luz de la plena revelación ulterior, iluminan poco a poco con más claridad la figura de la mujer, Madre del Redentor” (Concilio Vaticano II, LG 55). Comienza así la historia de la salvación de los hombres, en la que se va preparando la venida de Cristo. Las palabras de la primera lectura de hoy son conocidas como “Protoevangelio”, es decir, la primera buena nueva de la salvación del hombre ya desde los orígenes de la humanidad.

San Pablo profundiza en la trascendencia de aquel pecado original: En Adán “todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios” (Rm 3,23). “Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por

Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la Vida” (1Co 15, 21-22). Ante el pecado, Dios no reacciona castigando. Abre el camino de la salvación. Eva, la primera mujer, fue la aliada de la serpiente, arrastrando al hombre al pecado. Dios anuncia, ya desde los primeros momentos, que hará de la mujer la enemiga de la serpiente y la primera aliada de Dios.

“A la luz del Nuevo Testamento y de la tradición de la Iglesia sabemos que la mujer nueva anunciada por el Protoevangelio es María, y reconocemos en “su linaje”, su hijo, Jesús, triunfador en el misterio de la Pascua sobre el poder de Satanás” (San Juan Pablo II). El triunfo de María sobre la serpiente se realiza en su concepción inmaculada

(sin pecado concebida) y cooperando con su Hijo, el Salvador. Así “cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer...para que recibiéramos el ser hijos por adopción” (Ga 4,4-5). Esta plenitud de los tiempos llegó



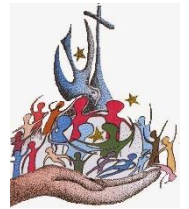
con el «sí» de María, con su total adhesión a la voluntad de Dios: “He aquí la esclava del Señor”. La voluntad de Dios es el principio que inspira toda la vida de María. Con su obediencia plena a Dios, llega hasta la cruz. Es la “compasión de María” con su Hijo.

“Nuestro Señor Jesucristo –decía San Agustín- quiso nacer hoy en el tiempo para conducirnos hasta la eternidad del Padre. Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios”. Y santo Tomás de Aquino escribe: “El Hijo único de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, a fin de que hecho hombre, divinizase a los hombres”. El Hijo de Dios se



hace hombre para que los hombres sean hijos de Dios. Incluso nos hace partícipes de su inmortalidad. El hombre, creado por Dios, es un ser mortal, pero llamado a la inmortalidad. La muerte no la hizo Dios, que es amigo de la vida. La muerte es la paga del pecado, que es también el aguijón de la muerte. “Aunque se desmorone la morada terrestre en que acampamos, sabemos que Dios nos dará una casa eterna en el cielo” (segunda lectura). Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal. “Muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida” (Prefacio I de pascua).

Por nuestra comunión con Cristo, mediante el bautismo y la fe que obra por el amor, somos partícipes de la naturaleza divina (2P 1, 4). En Cristo, aquel “seréis como dioses” de los orígenes se hace realidad, mediante la gracia: somos hijos en el Hijo eterno de Dios; participamos de su ser filial. Y por tanto, de su ser fraterno: Estamos llamados a vivir en comunión con Cristo (1 Cor 1,9). “Vivimos la vida de Cristo” (San Agustín). Llegamos a ser uno en Cristo Jesús (Ga 3, 28): “No sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo” (Benedicto XVI).



“Estos son mi madre y estos son mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Evangelio). Es el gran elogio de

Jesús a María, su madre. Y es asimismo la exigencia para los que somos hijos de Dios en el Hijo eterno de Dios, cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre: “herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con Él, para ser con Él glorificados” (Rm 8, 17). En la oración, que Cristo nos enseñó le pedimos a Dios: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”.



MARIANO ESTEBAN CARO

Te puede interesar...

«La belleza del Avemaría». ¿Por qué decimos que es un rocío celestial y divino?

Seguramente el Ave María es una de las primeras oraciones que aprendimos cuando éramos niños. Es una oración sencilla, un diálogo muy sincero nacido del corazón, un saludo cariñoso a nuestra Madre del Cielo.

Cuando el Arcángel San Gabriel anunció a la Virgen María el designio escogido de Dios, la saludó con estas palabras:

«Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc 1, 28). Y poco después, su prima Isabel la enaltece diciéndole: «Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre» (Lc 1, 42).

Estas palabras han modelado una de las oraciones que, desde hace siglos, los cristianos recitamos con más frecuencia: el Ave María. Designan a la Santísima Virgen como la predilecta para ser la Madre de Dios, y también Madre nuestra.

El Ave María es una belleza. Resume, en la más concisa síntesis, toda la teología cristiana sobre la Santísima Virgen. Nos recordaba San Luis María Grignion de Montfort que:

«En ella encontramos una alabanza y una invocación. La alabanza contiene cuanto constituye la verdadera grandeza de la Virgen María. La invocación contiene cuánto debemos pedirle y cuánto podemos alcanzar de su bondad».

Un hermoso saludo. Los saludos son de suma importancia en las relaciones humanas. Sabemos que nos permiten el acceso a otras personas, incluso a aquellas que no conocemos. Facilitan la comunicación, los intercambios, las reuniones, los encuentros, hacer amigos, caminar, pasear e informar. Las personas bien educadas saben saludar con cortesía. Las madres siempre intentan enseñar a sus hijos que aprendan a saludar y también corresponder a un saludo. San Bernardo dice: «La Reina del cielo no es menos agradecida y cortés que las

personas nobles y bien educadas de este mundo. Las aventaja en esta virtud como en las demás perfecciones y no permitirá que la honremos con respeto sin devolvernos el ciento por uno». Como un detalle de delicadeza en el saludo se suele utilizar el nombre de la persona. San Buenaventura complementa «María nos saluda con la gracia, siempre que la saludamos con el Ave María».

La salutación del ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Nos recuerda el Catecismo que: «La salutación del ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava y a alegrarnos con el gozo que Dios encuentra en ella». En el momento en que santa Isabel oyó el saludo que le dirigía la Madre de Dios, quedó llena del Espíritu Santo y dicen las Sagradas Escrituras que el niño que llevaba en su seno saltó de alegría. Si nos hacemos dignos del saludo y bendición recíprocos de la Santísima Virgen, seremos, sin duda, colmados de gracias y un torrente de consuelos espirituales inundará nuestras almas.

Cántico trinitario. El Ave María es uno de los cánticos más bellos que podemos entonar a la gloria de Dios. Dice el Salmo: «Te cantaré un cántico nuevo», y eso se vive en cada Ave María. La salutación angélica es precisamente el cántico nuevo que David predijo que se cantaría en la venida del Mesías. Alabamos a Dios Padre por haber amado tanto al mundo que le dio su Unigénito para salvarlo. Bendecimos a Dios Hijo por haber descendido del cielo a la tierra, por haberse hecho hombre y habernos salvado. Glorificamos a Dios Espíritu Santo por haber formado en el seno de la Virgen María ese cuerpo purísimo que fue víctima de nuestros pecados.

Aseguraba san Luis María Grignion de Montfort que: «El Ave María es un rocío celestial y divino, que al caer en el alma le comunica una fecundidad maravillosa para producir toda clase de virtudes.

Cuanto más regada esté un alma por esta oración tanto más se le ilumina el espíritu, más se le abraza el corazón y más se fortalece contra sus enemigos. El Ave María es una flecha inflamada y penetrante que, unida por un predicador a la palabra divina que anuncia, le da la fuerza de traspasar y convertir los corazones más endurecidos».

En la hora de la muerte. La cercanía de la Santísima Virgen en toda nuestra existencia hace que nos movamos a quererla cada día más, y hace surgir espontáneamente una sintonía con Nuestra Madre en el latir hondo del alma. Y esta oración tiene mucho que ver con el cariño de los hijos que saludan constantemente a su madre.

María está muy cerca de cada uno de nosotros: dispuesta siempre a comprendernos, a interceder continuamente delante del Padre, pendiente de nuestras necesidades. Como repetía san Josemaría: «Toda la bondad, toda la hermosura, toda la majestad, toda la belleza, toda la gracia adornan a nuestra Madre. ¿No te enamora tener una Madre así?». Por eso al terminar cada Ave María nos ponemos en sus manos «ahora», en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, hasta «la hora de nuestra muerte». Le rogamos que esté presente en ese momento, como estuvo también en la muerte de su Hijo, al pie de la cruz y que en la hora de nuestro tránsito al cielo nos acoja como madre nuestra para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso, a nuestra felicidad eterna en el pleno y eterno amor de Dios.

